

Aviso legal y de contenido

Este relato es una obra de ficción para adultos. Contiene descripciones gráficas de actos sexuales explícitos y temáticas que pueden resultar perturbadoras, controvertidas o moralmente sensibles para ciertos lectores.

Se recomienda encarecidamente la discreción. Si usted decide continuar con la lectura, lo hace bajo su propia voluntad y responsabilidad, habiendo sido previamente advertido del contenido. Todos los personajes, situaciones y escenarios descritos en esta obra son totalmente ficticios. No representan personas reales ni están basados en hechos reales. Todos los personajes tienen 23 años o más en el momento de los hechos narrados, cumpliendo con los requisitos legales de mayoría de edad.

El autor no promueve, justifica ni glorifica ninguna conducta inapropiada fuera del ámbito de la ficción. Esta obra está destinada exclusivamente a un público adulto y maduro, y cualquier otra interpretación o uso queda fuera del control y la responsabilidad del autor.

Quiero tener su hijo

Eran las seis de la tarde cuando a Jessica le entró una pereza enorme. Tenía que empezar a arreglarse para la noche de chicas que habían planeado, aunque la verdad es que no le apetecía demasiado. Todo aquello le resultaba un poco anacrónico. Ella ya estaba en otra etapa. Prefería las tardes tranquilas con su marido —informático y friki—, jugando a juegos de mesa con sus amigos. Salir por ahí ya no le atraía.

Aun así, hacía mucho que no veía a sus amigas, y eso pesaba. Así que decidió ir cómoda: un simple suéter, unos vaqueros amplios y unas zapatillas deportivas. Nada de maquillajes ni florituras. Apenas un poco de rímel por cortesía y el pelo recogido en una coleta baja.

La desidia de Jessica por la noche de chicas cambió de golpe cuando su mejor amiga, Kate, anunció que su hermano Max también se uniría. En ese momento, Jessica sintió una punzada en el estómago... y puede que más abajo del estómago también.

Llevaba muchos años sin verle, desde que él era un adolescente. Max, el hermano menor de Kate, tenía ocho años menos que ella, pero ya en aquella época destacaba: alto, fuerte, atractivo. Y, según se comentaba últimamente en el grupo de amigas, los años le habían sentado de maravilla. Era, por lo visto, un auténtico Don Juan.

Max no era simplemente guapo. Era de esos hombres que alteran el ambiente con solo aparecer. No tenía tatuajes, ni estética de malote. No le hacía falta. Su poder estaba en otra parte: en cómo caminaba, en cómo vestía, en cómo miraba. Era el tipo de hombre que no necesita levantar la voz para imponerse, que genera respeto y deseo sin despeinarse.

Se movía como si el mundo fuese suyo, con una seguridad que rozaba la arrogancia, pero sin pasarse. Llevaba un Rolex de acero en la muñeca y una camisa de corte perfecto que parecía diseñada para ajustarse justo a ese tipo de cuerpo: grande, musculoso, pero elegante. Su peinado impoluto, la barba de dos días milimétricamente descuidada, y ese olor caro que solo los hombres ricos y peligrosos saben llevar sin esfuerzo.

No era el típico guapo de gimnasio. Era un hombre de éxito. De dinero. De los que huelen a reuniones importantes, a jets privados, a sexo crudo tras una copa de vino de 300 euros.

Algunas mujeres fingían criticarlo. Que si demasiado seguro, que si iba de sobrado, que si el

Rolex era vulgar... Pero todas, absolutamente todas, fantaseaban con él. Porque Max tenía algo que no se aprende ni se finge: presencia.

En ese momento, las dudas acompañaron a Jessica. No sabía muy bien por qué, pero de repente le parecía que quería ir más sexy a la reunión. Tampoco era cuestión de ponerse un vestido, pero al menos sí maquillarse bien —labios rojos incluidos— y enfundarse en los vaqueros más ceñidos que tenía, combinados con un cinturón sugerente.

Cuando se miró al espejo, comprobó que había mejorado muchísimo... pero sentía que aún faltaba algo. Y entonces hizo algo que la sorprendió. Fue al armario y, casi sin pensarlo, sacó unas sandalias de tacón de más de quince centímetros de altura. Llevaba años sin ponérselas. Años. Eran demasiado, casi exageradas. Pero en ese momento, el cuerpo se lo pedía.

Tan solo esperaba no ser la única que fuera matadora... porque si no, iba a quedar muy raro. Justo cuando se disponía a salir, vio que su marido llegaba a casa. Había vuelto antes de lo previsto, y no quería que la viese vestida de aquella manera. Al fin y al cabo, le había dicho que se trataba de una noche tranquila de chicas.

Así que, con una mezcla de prisa y vergüenza casi adolescente, tuvo que salir por la puerta de atrás, con cuidado de que su marido no la viera... especialmente con aquellas sandalias de infarto.

Cuando por fin se reunieron, Jessica pudo comprobar que los rumores eran ciertos: Max era un auténtico macho alfa. Guapo de cara, altísimo —rozaría los dos metros—, con una espalda ancha y poderosa, y un gusto exquisito a la hora de vestir.

Lo más triste, y a la vez lo que más la excitó, fue que Max llevaba exactamente la misma camisa que su marido tenía en casa. Pero las comparaciones eran odiosas: mientras su marido usaba una talla S que apenas llenaba, Max llevaba una XL a punto de reventar, ceñida a sus enormes músculos.

La noche continuó entre conversaciones insulsas y manidas... o al menos así le parecían a Jessica, que era incapaz de concentrarse en las tonterías y vanidades de su amiga. Lo único que realmente disfrutaba era mirar furtivamente a Max. O más bien, mirar aquella camisa a punto de reventar sobre sus músculos.

Y lo peor de todo es que aún no había empezado la noche de verdad. Ni siquiera había empezado a beber. Estaba preocupada. ¿Cómo se sentiría cuando tomase las primeras copas de vino?

Trajeron la cena y, tras comer, fueron directas a la pista de baile. Allí comenzaron con las bebidas alcohólicas... y la verdad se desveló sin filtros. Al principio, muchas de las chicas habían mostrado un interés moderado por Max, algo sutil, contenido. Pero en cuanto el alcohol empezó a circular, todo se desmadró.

Literalmente todas —absolutamente todas— estaban buscando la atención de Max. Lo rodeaban como buitres a un cadáver, riendo, tocándole el brazo, pidiéndole que bailara, pegándose más de lo necesario.

Jessica observaba la escena desde cierta distancia. Por un lado, no podía evitar sentirse sorprendida por cómo se comportaban sus amigas, y en especial Mónica, que a la mínima copa parecía olvidar que era su hermano y se le colgaba como una lapa. Pero, por otro, lo que realmente la carcomía era la frustración.

Porque Jessica también quería un buen meneo de Max. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero, ¿cómo iba a lograrlo si todas estaban buscando lo mismo?

Pero bastaba ya de autocomplacencia. Al menos había que intentarlo. Jessica no estaba dispuesta a quedarse esperando las sobras de la atención de Max. Así que decidió tomar un camino distinto al del resto.

En lugar de acercarse como las demás, mendigando migajas de mirada, salió al centro de la pista y comenzó a bailar. Sola. Sexy. Con decisión.

Sus vaqueros ceñidos marcaban un culo espectacular, y cada movimiento lo acentuaba con naturalidad. Las sandalias de tacón —esas que llevaban años sin ver la luz— la elevaban, literalmente, pero también figuradamente: la hacían destacar. Era una visión imponente. Y lo sabía.

Al principio, no consiguió captar la atención de Max... o al menos no que ella lo notara. Pero eso no impidió que muchos otros hombres se acercaran a ella. Jessica, con toda la naturalidad del mundo, evitaba a los menos atractivos sin esfuerzo. A los más interesantes, en cambio, les concedía cierta oportunidad: bailaba junto a ellos, sonreía, se dejaba llevar un poco.

Con cada copa de vino, se desmadraba un poco más. El cuerpo hablaba por sí solo. Incluso empezó a plantearse seriamente la posibilidad de liarse con alguno de aquellos hombres atractivos que la rodeaban. ¿Por qué no?

Pero en el fondo lo sabía: todo eso eran desvíos. Lo que ella quería, con claridad absoluta, era a Max.

Y su estrategia, por fin, dio resultado.

De pronto, sintió cómo alguien se acercaba por detrás y comenzaba a bailar junto a ella. Muy pegado. Notó, sin margen de error, el roce de un paquete enorme contra su trasero, que se movía con naturalidad dentro de sus vaqueros ceñidos.

Tuvo que girarse para ver quién era. Y, por las dimensiones que había sentido, ya sabía que tendría que ser alguien muy grande.

Bingo. Era Max.

Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en la cara de Jessica, mientras su corazón se desbocaba. Latía con tanta fuerza que casi podía oírlo. Solo podía pensar una cosa: Por favor, acércate más.

Comenzaron a bailar pegados. Muy pegados. Max la sujetaba por las caderas con firmeza, y Jessica le rodeaba los hombros como podía... o al menos lo intentaba, porque él era altísimo. Incluso subida a aquellas sandalias de dieciséis centímetros, Max seguía siendo, por lo menos, diez centímetros más alto que ella. Muy distinto a su marido, que siempre quedaba por debajo de su altura cuando ella se ponía tacones.

Al principio bailaban con cierto respeto, pero conforme pasaban los segundos, el espacio entre ellos fue desapareciendo. Más cerca. Y más. Hasta que acabaron completamente pegados, cuerpo contra cuerpo. El pene de Max rozaba la entrepierna de Jessica, con un descaro que ya no podía atribuirse al azar.

Por suerte para ella, la noche estaba lo bastante avanzada como para que nadie pareciera fijarse en aquellos movimientos. Algunas de las chicas —las que menos interés habían recibido por parte de él— ya se habían marchado. Y otras, resignadas al ver que Max no las elegiría, habían comenzado a interactuar con otros hombres.

Así que, al fin, parecía que había vía libre.

Comenzaron a hablar. Max le dijo que se acordaba de ella, de cuando iban a visitarla a su casa. En general, la conversación era escasa, algo torpe incluso. Pero a Jessica no le

importaba lo más mínimo. Lo que realmente le encantaba era cómo el volumen de la discoteca obligaba a acercarse mucho para poder hablar.

Cada vez que Max se le acercaba al oído para decirle algo, su cuerpo entero se pegaba al de ella. Y Jessica sentía, sin filtros, la fuerza y la masculinidad de aquel cuerpo enorme presionando contra el suyo.

La calentura iba en aumento, y Jessica ya no podía esperar más. Si él no se lanzaba, lo haría ella. Sin pensarlo, dio un taconazo en el suelo con toda la fuerza que tenía, casi como queriendo expulsar de su mente la imagen de su marido. Y entonces se abalanzó sobre la boca de Max.

Se besaron con una pasión desbordada, devorándose la boca como si el mundo fuera a acabarse esa noche. Jessica recorría con sus manos aquel cuerpo musculoso y enorme que tanto la había excitado, mientras Max hacía lo propio, sujetándola por la cintura, dominándola por completo.

Estaba claro lo que iba a suceder aquella noche. En parte, sí, se sentía mal por su marido. Pero era lo que había. Hombres como Max solo se presentan una vez en la vida... y ella no iba a dejar pasar esa oportunidad.

Eso sí, mientras se besaban con furia, Jessica no pudo evitar notar cómo algunas de sus amigas —las que aún quedaban en la discoteca— observaban la escena con los ojos muy abiertos. La miraban atónitas, entre el juicio y la envidia.

Podían fingir escándalo, pero Jessica lo sabía: querían estar en su lugar. Ellas también habían deseado a Max esa noche. Pero solo una lo tenía entre los brazos. Y era ella.

La tensión había crecido tanto que Jessica no pudo aguantar más. Se acercó al oído de Max y, con la voz temblorosa pero decidida, le dijo que quería ser follada. No quería que la noche se quedase en un simple calentón: aquello tenía que resolverse. Lo que él había provocado en su cuerpo... tenía que tener un desenlace.

Lo dijo con cierto miedo, temiendo que Max solo buscara un magreo superficial. Pero para su sorpresa, él reaccionó dándole una sonora cachetada en el culo y susurrándole al oído:

—Por supuesto que vamos a hacerlo. Y va a ser sin condón.

Jessica se quedó unos segundos en silencio, sorprendida por la respuesta. Pero lejos de escandalizarla, aquello la encendió aún más. No hizo ningún comentario, no puso objeciones. Solo lo cogió de la mano, y con la entrepierna en llamas, más cachonda que nunca en su vida, le dijo:

—Vámonos.

Los dos salieron de la discoteca, y Max le dijo a Jessica que la llevaría a un hotel que conocía, perfecto para este tipo de situaciones. A ella le encantó la idea.

Caminaron juntos hasta el lugar, apenas intercambiando palabras. No hacía falta. La conversación era mínima, pero los besos y los magreos por el camino hablaban por sí solos. Cada parada, cada esquina oscura, era una excusa para tocarse más, para encenderse aún más.

Cuando por fin llegaron a la cama lujosa del hotel, Jessica no pudo aguantar ni un segundo más. Se quitó las sandalias de tacón y las lanzó lejos, sin preocuparse de dónde cayeran. Acto seguido, se bajó los pantalones con desesperación.

En cualquier otra situación, quizá habría pensado en comenzar con sexo oral, en complacer a Max primero. Pero no aquella noche, estaba tan caliente, tan desbordada, que lo único que

deseaba era ser penetrada de inmediato. Y, por supuesto, que se cumpliera lo que él había prometido: sin condón.

Y por fin sucedió lo que llevaba deseando toda la noche... y puede que toda su vida, desde que conoció a Max.

Su enorme cuerpo se colocó encima de ella, imponente, y entonces comenzó el concierto:

Pum!!!, pum!!!, pum!!!, pum!!!, pum!!!...

Cada embestida hacía crujir el colchón bajo su peso, y con cada una, Jessica se sentía más viva, más caliente, más entregada.

Pum!!!, pum!!!, pum!!!, pum!!!, pum!!!...

Jamás en su vida había estado tan cachonda. Jamás había sentido algo así.

El enorme y musculoso cuerpo de Max cubría por completo a Jessica, y eso la excitaba aún más. La sensación de estar bajo un hombre tan grande, tan imponente, contrastaba de forma brutal con el cuerpo escuálido de su marido. Era tal la diferencia que incluso le costaba respirar, aprisionada bajo aquel pecho firme y brutalmente masculino.

Max pareció notarlo. Se incorporó ligeramente, usando uno de sus brazos para crear espacio entre su torso y el rostro de ella. Pero, a pesar de esa distancia, sus partes más íntimas seguían unidas. Conectados.

Entonces, Jessica tuvo un acto reflejo: se tapó la cara con las manos. Como si, al hacerlo, la escena se volviera menos real. Como si pudiera engañarse y pensar que no estaba engañando a su marido. Pero Max se dio cuenta. Le agarró las manos con firmeza, se las apartó del rostro y, mirándola intensamente, le dijo:

—Ábre los ojos. Mírame a los ojos, Jessica.

Ella, aún disfrutando como nunca, no quería hacerlo. Le parecía demasiado íntimo. Demasiado real. Pero Max no cedió.

—Mírame. Quiero que me mires a la cara mientras lo hacemos.

Y Jessica, desesperada por que no se detuviera, obedeció. Abrió los ojos. Lo miró.

Max retomó las embestidas. Esta vez, mucho más fuertes. Su deseo la atravesaba con una fuerza casi animal. Y lo que sintió Jessica en la entrepierna fue tan desbordante que no pudo evitarlo: empezó a gritar.

Jamás había gritado follando. Nunca. Pero esa era la primera vez. Y no podía controlarlo.

—¡Fóllame! ¡Fóllame! ¡Fóllame! —gritaba, cada vez más alto, mientras Max la empotraba con más fuerza.

Y eso solo hacía que él se entregara más, y ella se excitara aún más. Era una un bucle de retroalimentación: desatado y brutal.

Hasta que Jessica llegó al límite... y empezó a gritar con casi toda la fuerza de su cuerpo: ¡Fóllame! ¡Fóllame! ¡Fóllame!

Tras unas pocas embestidas más, el ansiado momento por fin llegó. Max, que hasta entonces había estado prácticamente en silencio, soltó un quejido grave y profundo, de esos que solo emiten los hombres alfa al correrse. Era inconfundible. Se había corrido.

Y lo había hecho dentro de Jessica. Sin preservativo.

Justo después, se apartó de ella y se tumbó en la cama, boca arriba, imitando la posición de Jessica. Respiraban ambos con fuerza, sudados, satisfechos.

En ese instante, Jessica se sintió la mujer más plena del mundo. Debería estar preocupada, sí. Pero no lo estaba. Al contrario: sentía una calma infinita. Una satisfacción sexual que jamás

había experimentado. Todo su cuerpo vibraba con la sensación de haber hecho exactamente lo que necesitaba.

Entonces volvieron a abrazarse. Esta vez de forma distinta. Más íntima. Más cariñosa.

Empezaron a besarse de nuevo, pero ya no con la pasión desenfrenada de antes, sino con una delicadeza tierna, cuidándose el uno al otro.

Y así pasaron la noche, juntos, hasta que se quedaron dormidos.

En ningún momento, por la mente de Jessica, pasó la más mínima duda. Todas las células de su cuerpo estaban contentas con el desenlace.

Por la mañana, cuando ambos despertaron, no hubo palabras. Solo miradas, caricias, y el mismo deseo de la noche anterior, pero más sereno, más íntimo... y aún más intenso. Jessica se giró sobre el colchón, aún desnuda, y Max no tardó en montarse sobre ella de nuevo.

Esta vez no hubo prisa. Max se tomó su tiempo. Le apartó el pelo del rostro, le besó el cuello con lentitud, y bajó por su pecho, mordisqueando sus pezones hasta que Jessica se arqueó de placer. Ella le acariciaba la espalda con devoción, como si quisiera memorizar cada músculo, cada fibra tensa bajo su piel.

Cuando Max volvió a penetrarla, lo hizo despacio, profundo, con cada embestida llenándola al límite. No había urgencia, solo entrega. Jessica gemía bajo él, con las piernas envueltas en su cintura, sintiéndolo completamente dentro.

Otra vez, sin condón. Y eso la excitaba aún más. Max acabó de nuevo dentro de ella, sin avisar, llenándola por segunda vez. Y esta vez, Jessica lo recibió con una sonrisa suave, cómplice. Como si eso fuera justo lo que quería.

Después, llegó el momento inevitable. Jessica se vistió en silencio, recogió sus cosas... y se calzó aquellas sandalias de tacón imposible que tantas cosas habían desencadenado. Fue entonces, al ponerse en pie, cuando por primera vez fue plenamente consciente de lo que había hecho.

Tocaba volver a casa. Con su marido. Sí, por un lado se sentía rara. La culpa revoloteaba en alguna parte de su mente.

Pero al mismo tiempo había algo más fuerte: una especie de satisfacción profunda. Era como si su cuerpo la felicitara. Como si cada célula le dijera: lo hiciste bien.

De camino a casa, con la ciudad aún despertando, Jessica empezó a verbalizar en voz baja ese pensamiento que llevaba dentro desde el primer instante en que Max le dijo que quería follársela sin preservativo. Esa idea que no se había atrevido a decirse ni a sí misma.

—Quiero tener su hijo.

No el de su marido. No. Seguiría con él, sí. Pero la descendencia... La quería de Max.